



COMENTARIO AL LIBRO DE DAVID BACON *IN THE FIELDS OF THE NORTH*

In the Fields of the North. En los campos del norte.

David Bacon.

**El Colegio de la Frontera Norte y Universidad de California,
México, 2016.**

450 páginas. \$350,00 MXP.

El autor busca reflexionar sobre las condiciones de los trabajadores del campo en Estados Unidos (EEUU), pero el *cómo* lo hace nos permite un acercamiento distinto y original.

Bacon se presenta como un fotoperiodista que lucha por buscar cómo mantener una larga tradición de la fotografía social documental que ha existido en EEUU y México. Así, tenemos las imágenes de los trabajadores de los campos del norte, como una reflexión sobre la vivencia de sus condiciones de vida, de la narrativa visual cotidiana de la sobrevivencia en tiempos neoliberales, pero no sólo, también nos lleva a través de las narraciones que construye con los testimonios, la mayoría de migrantes mexicanos, para mostrarnos «la extrema pobreza, la carencia total de vivienda para muchas personas y la explotación sistemática de los traba-



jadores inmigrantes en los campos agrícolas... los migrantes también analizan su situación y demandan respeto a su cultura, sus derechos laborales, y una mayor igualdad social» (Bacon, 2016: 27).

En 7 capítulos se presentan diversas problemáticas que viven los trabajadores inmigrantes en los campos de EEUU, mostrando una amplia diversidad de procesos de producción agrícola de hortalizas, frutas y semillas. Me interesa enfatizar la situación laboral y la condición de



vida de estos trabajadores, y cómo se relacionan con la mirada que desde el marxismo hemos hecho de las migraciones, a lo que hemos llamado la condición de superexplotación (SE) laboral de los trabajadores migrantes en EEUU.

En el capítulo 1, «¿De dónde proviene nuestra comida?», Bacon nos recuerda la dureza del trabajo en el campo.

Un resultado del TLCAN, tan discutido hoy en día, ha sido la crisis del campo en México, y con ello la emigración masiva de nuestros campesinos y trabajadores agrícolas hacia EEUU, donde éstos producen los alimentos que sostienen a la población de ese país e incluso los alimentos que importa México de EEUU. Aquí muestra cómo la condición laboral de estos trabajadores mexicanos es de sobreexplotación y abuso constante.

Presenta la producción de papas orgánicas, que si bien tiene la ventaja de no usar fertilizantes y pesticidas—muy perjudiciales para la salud del trabajador—, ocupan más esfuerzo para deshierbar, lo que implica una temporada más larga de trabajo y tener que usar azadón y cuchillos de mango corto que requiere que los

trabajadores tengan que estar más tiempo agachados, lo cual traerá graves problemas para sus espaldas. Todos los trabajadores de la cuadrilla son mexicanos, algunos indígenas mixtecos. La empresa que contrata a los trabajadores no es la misma que produce la papa orgánica, una de las más grandes productoras de orgánicos en EEUU, sino una empresa subcontratista que gana de pagar menos salario a los trabajadores de lo que ésta recibe de la productora de orgánicos. Aquí vemos cómo la subcontratación sirve para masificar la SE, a través de la reducción salarial.

En el capítulo 2, titulado «Justo al lado de la frontera, San Diego y el Valle Imperial», nos acercamos a la terrible situación de cómo viven los trabajadores agrícolas en las laderas y barrancas en San Diego, California. Un campesino de Oaxaca, Rómulo Muñoz, nos dice: «Cuando llegué por primera vez renté un departamento, pero no me alcanzaba para pagar renta, comida, transporte y todavía ahorrar para enviar dinero a México... Compré un poco de nylon y una lona para el techo y construí la choza yo mismo» (Bacon, 2016: 55).



Estos hombres y mujeres trabajan para la empresa productora de hortalizas orgánicas más grande de EEUU, no son una población marginada de los procesos de la acumulación del capital, no son vagabundos, aunque vivan debajo de unos plásticos, se bañen en arroyos de agua sucia y cuando llueve todas sus pertenencias se llenen de lodo. Tal vez, si no tuviéramos las fotos y las voces que nos trae el libro de Bacon, muchos trabajadores no podrían creer semejante situación en pleno siglo XXI, y menos en el país hegemónico de este capitalismo neoliberal. Pero sí está pasando, y para nosotros esto es SE del trabajo (el pago de la fuerza de trabajo por debajo de su valor, lo que produce la atrofia y destrucción del cuerpo del trabajador de manera más rápida que lo normal).

En el capítulo 3, «Remolques en el desierto. Coachela y Blythe», tenemos el caso de los purépechas de Michoacán, quienes viven en remolques o camionetas en medio del desierto, soportando altas temperaturas, mala calidad del aire —que provoca asma en los niños—, se bañan con agua de riego que contiene pesticidas y restos de fertilizantes, consumen agua que está contaminada y es cara, encuentran muchas

dificultades para tener luz eléctrica y además existe el peligro que corren de ser asaltados.

En el capítulo 4, «El gran valle. Fresno y Arvin», el autor nos muestra la situación de los jóvenes (y niños) migrantes, su condición de trabajo y de vida como hijos de jornaleros agrícolas. Primero, tenemos el relato de Lorena Hernández, madre soltera con 20 años de edad, trabajadora en la recolección de moras azules. Una frase que ella usa para describir su jornada laboral: «trabajo hasta donde mi cuerpo aguanta». Su trabajo, le permite a Lorena ganar suficiente para pagar su almuerzo, el transporte para ir al trabajo, la renta y la niñera que cuida a su hija.

En el relato de Raymundo Guzmán, joven mixteco de 21 años, que empezó a trabajar a los 8 años y vive en los remolques de Fresno, California, Raymundo, que estudió hasta la preparatoria, nos cuenta cómo sus compañeros de la escuela también trabajaban en los campos los fines de semana y el verano. Habla mixteco, español e inglés. Él se describe como «un rapero con conciencia», que quiere ir a la universidad pero no ha podido obtener beca. En su voz se refleja la voz de muchos



jóvenes migrantes que quieren un futuro mejor, que se atreven a soñar en los campos del norte: «No me veo trabajando en el campo y no le deseo este trabajo a nadie. Si tienes otros sueños, ve tras ellos... Quiero vivir, no sólo sobrevivir...» (Bacon, 2016: 168).

En el capítulo 5, titulado «El peor trabajo. Santa María, Oxnard, Greenfield, y Watxonville», tenemos el testimonio de las mujeres migrantes a través de la voz de Lucrecia Camacho, una madre soltera, mixteca, que trabajó toda su vida en el campo hasta que no pudo más. Con ella, recorreremos parte de la historia de las jornaleras agrícolas, cómo empezó migrando con su madre y su padrastro a Mexicali a los 7 años; dos años después, se fue a Calexico. Empezó a trabajar a los 9 años en Culiacán donde recogía algodón. Luego se fue a Ciudad Obregón, Hermosillo y Baja California. A los 13 años su madre la vende a un joven y queda embarazada. Ahí empieza a tener hijos, tiene 10. En 1985 llega a EEUU, primero sola y luego fue llevando poco a poco a sus hijos y su madre. Trabajó en diversos cultivos, el más difícil la cosecha de fresa: «no le deseo este trabajo ni a mi peor enemigo». Esta historia nos permite ver la condición de salud de las mujeres migrantes; sufren enfer-

medades como osteoporosis, artritis, dolores de espalda, neumonía, diabetes, dolores e hinchazón de pies, náuseas y dolores de cabeza, entre otras.

En los capítulos 6 y 7, nos presentará la condición de los trabajadores contratados con visa H2-A. En el seis, «En campos o bajo los árboles. Sonoma y Corning», nos dice Bacon que en el pasado la mayoría de los trabajadores de un rancho de la zona de la Bahía eran indocumentados, pero en los últimos años se han contratado más trabajadores mexicanos bajo el programa H2-A de trabajadores temporales; sin embargo, afirma que «si bien existen diferencias, [...] la mayoría de los aspectos básicos de la vida son los mismos». Algunas de las condiciones de reproducción que tienen estos trabajadores son, entre otras, que ellos tienen que pagar sus pasajes de su pueblo a la frontera — sólo les pagan el transporte y alimentación de la frontera hasta el rancho—, la visa sólo es por seis meses, sólo deben trabajar en el rancho donde son contratados —aunque a veces en el período que están no hay trabajo—; reconocen que ganan mejor que en México y se ve en que «aquí podemos comer carne todos los días si quieres» (Bacon, 2016: 370).



En el capítulo 7, «Todo esto puede cambiar. Washington y North Carolina», Bacon nos muestra la historia de Rosario Ventura, una mujer que junto con su esposo se fueron a huelga en 2013 en Sakuma Farms. Lo que denuncia esta trabajadora agrícola es la dificultad para que les reconozcan sus sindicatos y la amenaza de despido por organizarse. También nos dice, cómo a partir de 2013, después de la huelga, el Departamento del Trabajo de EEUU, aceptó solicitudes para 6.251 trabajadores temporales con visas H2-A, esta cifra se ha duplicado en los últimos dos años. Así muestra cómo el gobierno y las empresas enfrentan a trabajadores inmigrantes temporales con otros trabajadores inmigrantes con más años de trabajo en la empresa.

Uno de los resultados más importantes de esta confrontación entre trabajadores inmigrantes mexicanos es sin duda los bajos salarios. Así nos dice, Rosario Ventura: «Pensé que iba a ahorrar algo aquí y regresar, pero aquí también es difícil, la misma situación aquí en Estados Unidos. Trabajamos para tratar de salir adelante, pero nunca lo logramos. Siempre estamos ganando lo suficiente para comprar comida y pagar la renta. Todo se agota» (Bacon, 2016: 407).

Algo central, en el libro, es mostrar que existe una resistencia cotidiana por parte de los trabajadores agrícolas en EEUU para sobrevivir a estas condiciones de trabajo y de vida tan difíciles, a partir de la defensa de sus derechos laborales —mayores salarios, mejora en condiciones de trabajo—, pero también de la mejora de sus condiciones de vida —desde organizarse para mejorar la vivienda, tener electricidad o agua potable—, y la defensa de su cultura e identidad, a través de actividades que sostienen sus tradiciones —bailes, fiestas religiosas, medicina tradicional— o actividades de recreación —eventos deportivos, obras de teatro, música.

Lo que Bacon logra con este libro es hacer una fuerte denuncia de las condiciones en que viven los trabajadores agrícolas en EEUU y cómo ellos mismos sostienen su lucha por «querer vivir, no sólo sobrevivir». Es a la vez una invitación para hacer-nos partícipes de estas vidas, que son también las nuestras en tanto mexicanos y trabajadores.

Ana Alicia Peña López

Facultad de Economía,
Universidad Nacional Autónoma
de México

